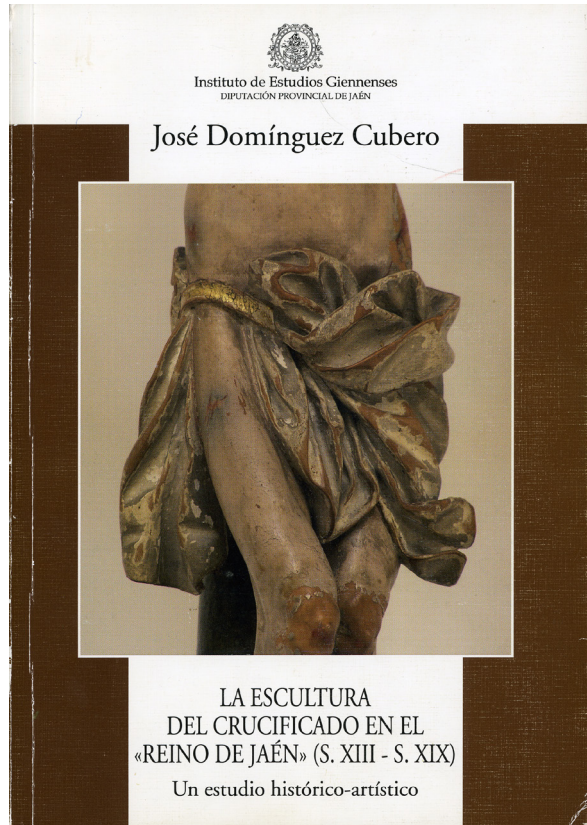


DOMÍNGUEZ CUBERO José. *La escultura del Crucificado en el «Reino de Jaén» (s. XIII-s. XIX). Un estudio histórico-artístico*. Jaén: Diputación Provincial, Instituto de Estudios Giennenses, 2009, 459 pp. y 189 ils.

Huelga destacar la decisiva importancia que en el arte cristiano posee la iconografía del Crucificado lo que convierte a cualquier análisis de este tipo iconográfico en verdadero examen de las prácticas devocionales, movimientos sociales y espirituales y, por supuesto, del devenir de las experiencias artísticas de una época y territorio. Por otro lado, debe insistirse en la importancia de la metodología del inventario, decisiva para impulsar el conocimiento del patrimonio histórico-artístico español en las primeras décadas del siglo XX y que, aún hoy, sigue ofreciendo el elenco de registros necesarios para realizar un análisis crítico riguroso y ponderado. Desde estas premisas creo que debe entenderse la interesante obra que publica el Instituto de Estudios Giennenses y cuyo autor, el doctor José Domínguez Cubero, es uno de los mejores conocedores del patrimonio del antiguo Reino de Jaén, hasta en sus más mínimos rincones. La experiencia de este conocimiento y una dilatada trayectoria investigadora han hecho posible abordar un tema de complejidad y extensión grandes.

Prologado por Francisco Juan Martínez Rojas, miembro del Instituto que lo publica, Deán de la Catedral de Jaén y experto en patrimonio de la Iglesia, el libro aborda el estudio de la iconografía del Crucificado en territorio giennense desde una perspectiva cronológica, lo que lleva a secuenciar la misma en cuatro periodos, abordados en otros tantos capítulos. Aunque se incluyen algunos ejemplos de rejería, se estudia fundamentalmente la imaginería en madera, con diversas variantes, desde la imagen exenta devocional de tamaño natural a la incorporada a una cruz alzada o al respaldo de un púlpito, pasando por imágenes de oratorio en pequeño formato. Y el espacio en el que se encuentran estas obras es un territorio que, tras la definitiva incorporación a la Corona de Castilla en el siglo XIII, afronta las etapas siguientes con relativa prosperidad económica, gracias sobre todo a la producción agrícola y a su situación como enclave privilegiado de conexión entre territorios (la Meseta, el Levante y Andalucía). Estas condiciones hubieran hecho esperar el desarrollo de un potente foco artístico; aunque existió, éste no alcanzó sin embargo el brillo de Granada o Sevilla hasta el siglo XVIII, seguramente por la fragmentación en grandes núcleos y la no polarización de estos territorios. El límite cronológico, por otra parte, se extiende hasta el siglo XIX, dejando al margen la nueva eclosión del tema en el siglo XX, con una abundante producción tanto



para restituir el patrimonio perdido en la guerra civil como por el nuevo auge imaginero desde la década de 1980 aproximadamente.

Sin duda, el periodo de más difícil catalogación es el de los siglos XIII y XIV, que en conjunto con la siguiente centuria son objeto de atención en el primero de los cuatro capítulos de esta obra. La regular conservación cuando no alteración e incluso la ubicación en altura de las imágenes dificulta su catalogación. Quizás cupiera en alguno de los casos analizados mayor precisión estilística, lo que exigiría el cotejo con experiencias plásticas foráneas, fundamentalmente castellanas. No obstante, se propone como sugestiva hipótesis la plasmación temprana de modelos autóctonos, sin desechar por completo la influencia hispalense. A continuación, en el crucial tránsito a la Edad Moderna, a caballo entre los siglos XV y XVI, se atiende también a modelos pictóricos de segura influencia en los escultóricos, así como al análisis de imágenes desaparecidas en 1936 pero estudiadas a través de antiguas fotografías de la importancia del *Cristo de la Vera Cruz* de Villacarrillo o del *Cristo de la Yedra* de Baeza, con su pertinente y completa contextualización histórica.

El Crucificado renacentista, limitado a los dos primeros tercios del Quinientos, es objeto de atención en el segundo de los capítulos del libro, donde se pone de manifiesto el ascenso imparable de la vida urbana en los principales núcleos poblacionales del Santo Reino que deriva en distintos talleres. Por las páginas de este apartado Domínguez Cubero hace desfilar las figuras de Gutierre Gierero, Jorge Fernández Alemán, Jerónimo Quijano o Juan de Reolid, entre otros, protagonistas de una etapa brillante, de artistas en tránsito cuya aportación a la evolución de esta iconografía resulta esencial. Al tiempo, el desarrollo de los talleres de Úbeda y Baeza, Alcalá la Real y Andújar pone de manifiesto la vitalidad artística de la zona, con obras de relevancia.

La enorme calidad artística que alcanza la escultura giennense durante las últimas décadas del siglo XVI es objeto de atención en el tercer capítulo, que estudia el Crucificado que el autor considera manierista. Como en los anteriores, procede de lo general a lo particular al comenzar con la caracterización estética del Crucificado de la época y continuar desgranando piezas ilustrativas de los Cuéllar, Luis de Zayas y, sobre todo, de la sobresaliente figura de Sebastián de Solís, cuyas obras se analizan con sentido clasificatorio. A síntesis plantea los aspectos esenciales de su trayectoria desde Toledo a Andalucía y el circuito de relaciones estéticas con los principales escultores del momento, lo que se plasma en los ejemplos concretos de sus obras, con las que se prologa la llegada del Barroco a la escultura en Jaén.

Por último, el Crucificado barroco es abordado en el cuarto y último capítulo. Con el mismo afán clasificatorio y excelente sentido didáctico ordena la secuencia evolutiva desde las secuelas tardomanieristas de tradición escorialense hasta la consolidación del naturalismo barroco. Clave es la valoración de la influencia de los talleres granadinos (Alonso y Pedro de Mena, José de Mora) y sevillanos (con la presencia en la ciudad de Jaén de Pedro Roldán). Aun no compartiendo completamente todos los análisis estilísticos y atribuciones propuestas, queda meridianamente manifiesta la confluencia de tendencias presentes en la capital del Santo Reino y la pluralidad de modelos en este tema concreto del Crucificado que de ellas se deriva. A continuación, los Crucificados del siglo XVIII encuentran su cénit en el *Cristo de la Expiración* de la iglesia de San Bartolomé de Jaén, a cuyo análisis dedica el autor un amplio exordio acerca de José de Medina a quien se atribuye. Finalmente, el capítulo y el recorrido que el libro propone se cierran con un ramillete de crucificados de tradición neoclásica, algunos de dudosa clasificación.

Completan el volumen una amplia bibliografía, un selecto apéndice documental y un crecido corpus de ilustraciones, la mayoría a color, que permiten seguir con facilidad los argumentos y juicios de este estudio. En suma representa un firme cimiento para quien se quiera acercar a tan señalada iconografía de la escul-

RESEÑAS

tura devocional en los territorios de Jaén. Cualquier análisis concreto de obra, autor o comarca encontrará en este libro un imprescindible comienzo y cobertura, clarificando el complejo y extenso panorama de tan abundante iconografía a lo largo de seis siglos.

JUAN JESÚS LÓPEZ-GUADALUPE MUÑOZ

Departamento de Historia del Arte. Universidad de Granada.